

Robert E. Way

EL JARDÍN DEL AMADO
Ilustraciones de Laszlo Kubinyi



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA



El discípulo no está por encima del Maestro. Todo el que esté bien formado, será como su Maestro.
Lucas 6, 40.

Me detuve a pensar qué clase de labor debería hacer el servidor. Y comprendí entonces que él debería hacer la labor más pesada y el más duro trabajo, es decir, el de jardinero. Cavar y zanzar, fatigarse y sudar y dar vuelta la tierra calando hasta lo más hondo y regar las plantas a su debido tiempo, sin la menor interrupción y permitiendo que los dulces arroyuelos produzcan variados y nobles frutos que deberá

poner ante su Señor y así servirle según Su deseo.

Julián de Norwich: Revelaciones del Divino Amor

*Canta el extasiado ruisenior
cortejando a la rosa
entre el Jardín ya renacido,
pero sólo el jardinero sabe
de las fatigas que trae
la belleza del Jardín;
a pleno sol y todo el día
sin descanso trabajó,
y sus pies
heridos están por muchas
y muchas espinas.*

*The Diwan of Zeb-un-Nissa,
según la traducción de Magan Lal y J. D. Westbrook.*

ÍNDICE

- I. El Aprendizaje del Discípulo, *página 4.***
- II. El Discípulo y las Orugas, *página 6.***
- III. El Discípulo y los Gusanos, *página 7.***
- IV. El Discípulo y el Ruiseñor, *página 9.***
- V. El Discípulo y el Extraño Pájaro, *página 11.***
- VI. El Discípulo y los Murciélagos, *página 12.***
- VII. El Discípulo y la Roca, *página 14.***
- VIII. El Discípulo y la Corona de Espinas, *página 16.***
- IX. La Consolación del Discípulo, *página 18.***
- X. La Belleza, *página 20.***
- XI. Las Polillas, *página 21.***
- XII. El Caballo Sobrecargado, *página 22.***
- XIII. El Ministro Orgullosa, *página 25.***
- XIV. La Muerte del Amante, *página 27.***
- XV. La Pasión del Discípulo, *página 29.***

I. El Aprendizaje del Discípulo



Trabajaba el Amante en el Jardín que el Amado le había confiado. A su alrededor resplandecía el Jardín con la gloria de sus colores y los múltiples perfumes alzábanse como el incienso. Pues el Amante había plantado en el jardín toda clase de flores y yerbas fragantes y toda planta graciosa a la vista o benéfica para los hombres. Todo lo había plantado para placer del Amado, y cuidábalo por el amor que hacia Él sentía, y mientras trabajaba entonaba las palabras que Salomón cantaba en su jardín:

¡Despierta, Oh viento del Norte, y ven, tú, el del Sur!. Soplad sobre mi jardín hasta que broten sus especies. Dejad que mi Amado entre en su jardín y pruebe

las delicias de sus frutos.

Mientras así cantaba y trabajaba, entró en el Jardín un joven ricamente vestido y de cuyo cinto colgaba un estoque dorado y cuajado de piedras preciosas; sin embargo mostraba en su bello rostro una expresión triste y de gran nostalgia. Se acercó al Amante, que sólo vestía su áspera túnica de jardinero, e inclinándose humildemente delante de él le dijo:

— Señor, he oído decir que eres un maestro en el arte del Amor, y deseo, sobre todas las cosas, llegar a serlo yo también. Me pregunto si, por caridad, tomarías de aprendiz a uno tan ignorante e inexperto como yo. De buen grado te pagaría lo que me pidieses por aceptarme, pues soy rico en la manera en que los hombres entienden por riqueza.

El Amante cesó de cavar y miró larga y detenidamente al joven, y después, porque le agradó cuanto en él había visto, le contestó:

— Forastero, nada deseo para mí si llegaras a ser mi aprendiz, pues sobrada

Robert E. Way – El Jardín del Amado

recompensa recibo al realizar cualquiera labor que agrade al Amado o hacer que otros le amen aún más. Pero es tan alto el precio que al Amado tendrías que pagar, que casi todos los que buscan ponerse a su servicio se espantan al conocerlo.

— Entonces — replicó el forastero — te ruego que me digas cuál es este gran precio, porque es tanto lo que deseo aprender a amar, que por muy alto que sea de buena gana lo pagaré.

— El precio — contestó el Amante — es nada menos que esto: que entregues todo lo que poseas y todo lo que seas hasta que nada quede que puedas llamar tuyo, y que cuanto retengas sea por bien del Amado, porque si algo te guardas para ti, nunca llegarás a conocer de verdad el amor del Amado. No significa esto que Él te amará menos, porque ya te ama plenamente, sino que tu percepción se verá de tal manera nublada por lo que poseas que jamás podrás ver el amor del Amado.

— Y si yo pago este gran precio — preguntó el forastero —, dime, te lo ruego, ¿Qué ganaré?.

Contestó el Amante:

— Cuando con mucho trabajo hayas aprendido todos los misterios del arte de Amar, y después de mucho padecer, conocerás finalmente el amor del Amado.

El forastero, cuya alma tanto deseaba el amor del Amado, pagó entonces con alegría el precio que se le pedía, se despojó de las ricas vestiduras que llevaba y que los hombres llaman Conocimiento y Orgullo y se puso el áspero hábito del jardinero, el de la Humildad, similar al que llevaba el Amante, y arrojó lejos de sí el estoque enojado que colgaba de su cinto y que los hombres llaman Ciencia y cogió en su lugar la pala del jardinero cuyo nombre es Búsqueda.

Mientras así hacía pareció que el día, hasta entonces gris y nublado, hacía de pronto glorioso y resplandeciente como si el sol hubiese en un instante apartado las nubes.

Así el Amante acogió al forastero como su discípulo y ambos pusieron a trabajar en el Jardín para hacerlo bello a los ojos del Amado.

II. El Discípulo y las Orugas



Así ocurrió que el Discípulo llegó a pasar sus días trabajando en el Jardín del Amado, atento a las instrucciones del Amante.

El Jardín estaba poblado de pájaros de hermoso plumaje que cantaban sin cesar la alabanza del Amado, y de mariposas de brillantes colores que jugueteaban entre las flores de manera

que la espesura parecía resplandecer con un esplendor mayor que el habitual.

Un día, pasaba el Discípulo por el Jardín, cuando notó que las hojas de algunas plantas estaban raídas y agujereadas. Y al mirar con más detención vio en ellas cantidades de pequeñas orugas cubiertas de un feo pelaje del color del estiércol, las cuales, aun mientras las miraba, no cesaban de comerse las hojas de las plantas.

Al ver esto, le pareció al Discípulo que esas orugas le estaban haciendo gran daño al Jardín del Amado, así es que las cogió una por una y las aplastó bajo su pie.

En ese momento llegó el Amante y, al ver lo que había hecho el Discípulo, púsose a llorar con gran tristeza; sin embargo, cuando le habló al Discípulo, lo hizo con dulzura y le dijo:

— Sé que has actuado así por ignorancia y buena intención, pero te digo que has herido gravemente la belleza del Jardín del Amado.

Al escuchar esto, el Discípulo se asombró mucho y quedóse lleno de tristeza.

El Amante entonces mostró al Discípulo otra planta en que las orugas envolvíanse en capullos de seda. Había muchos capullos en los tallos de las hojas y, ante los propios ojos del Discípulo, se partió uno y de su interior surgió una mariposa cuyas alas parecían un arcoiris. Entonces cayó en la cuenta de cuánto, con su ignorancia, había dañado al Jardín del Amado.

III. El Discípulo y los Gusanos



Un día, tomó el Amante al Discípulo y le pidió que cavara en un trozo de tierra baldía. Cuando esto oyó el Discípulo púsose muy contento porque lo habitual era que el Amante se reservase para sí tales tareas más pesadas, y por ello cavó con gran energía y profundidad hasta dar, de pronto, con varios y repugnantes gusanos, babosos y obscenos. A éstos, pues su corazón se había vuelto más suave desde que llegara al Jardín, los cogió con todo cuidado y, a pesar de lo mucho que le repugnaba tocarlos, los metió en un saco que luego depositó fuera de los límites del Jardín, ya que le pareció intolerable

que esas abominables criaturas pudiesen oscurecer la gloria del jardín del Amado.

Así, cuando llegó la época de plantar, sembraron semillas en todos los lugares en que habían cavado y, en su tiempo, empezaron a surgir hermosas flores y verde hierba por todo el Jardín, con la sola excepción del lugar en que había cavado el Discípulo; éste permanecía vacío y estéril.

Al ver esto, el Discípulo se puso muy triste y fue donde el Amante y le preguntó:

— Señor, dime, te lo ruego, ¿Son acaso mis pecados los que han dejado estéril y sin frutos que ofrecer al Amado aquel trozo de tierra que yo cavé?.

El Amante contestó:

— Cuéntame con cuidado todo cuanto hiciste cuando cavaste ese lote.

A lo que replicó el Discípulo:

— Hundí mi pala cuanto pude en la tierra pues me alegraba de este duro trabajo en servicio del Amado. Después di vueltas a la tierra con mi pala y en ella vi a muchos y asquerosos gusanos. A éstos, a pesar de cuánto me repugnaba tocarlos, los puse en un saco que luego llevé fuera de los límites del Jardín. Pues yo deseaba quitar del Jardín del Amado semejante fealdad.

Entonces dijo el Amante:

— Estas criaturas que tan repugnantes te parecen son, ni más ni menos, que nuestras colaboradoras en el servicio del Amado, ya que, al horadar la tierra, ellas

Robert E. Way – El Jardín del Amado

permiten que el aire penetre hasta las raíces de las plantas, y luego tragan y digieren la tierra de manera que las plantas pueden de ello extraer su alimento; sin ellas, ninguna planta puede crecer. Así es que ya lo ves, estas criaturas, que tan repugnantes nos parecen, son en verdad servidores más útiles al Amado que nosotros mismos.

Preguntó entonces el Discípulo:

— ¿Cómo podré yo reparar este gran daño que, en mi ignorancia, he causado al Jardín?.

El Amante replicó:

— Ve fuera del Jardín al lugar donde pusiste los gusanos y cava hasta que halles esos u otros gusanos que puedas llevar hasta el terreno baldío para que vuelvan a trabajar por la gloria del Jardín del Amado.

Por mucho que le disgustaba salir del Jardín aunque fuera por tiempo tan breve, el Discípulo obedeció y cavó y extrajo los gusanos que luego llevó con gran cuidado y reverencia hasta el terreno baldío que, desde entonces, recuperó su fertilidad.

IV. El Discípulo y el Ruiseñor



Como ya se dijo anteriormente, había en el Jardín muchísimos y bellos pájaros cuyos cantos se unían de manera tal que nadie habría podido distinguir qué pájaro emitía cuál canción, lo que no era obstáculo para que el conjunto de la melodía fuese de una indescriptible dulzura.

Entre todos estos pájaros sólo había uno que carecía de belleza. Era pequeño y de color marrón y veíase como un guijarro en medio de un cofre de joyas. Y ello le pareció al Discípulo como un invitado a una boda que no llevase sus mejores galas para mayor gloria del Amado. En consecuencia se enojó mucho por el gran celo con que cuidaba el bien del Amado y expulsó al pájaro del Jardín.

Pero tan pronto como el pájaro voló fuera del Jardín y a pesar de que los otros pájaros continuaban cantando melodiosamente, pareció como si la canción del Jardín hubiese perdido su dulzura, y las bellas rosas del Jardín inclinaron sus cabezas y empezaron a morir.

De inmediato vino el Amante y le preguntó al Discípulo qué le había ocurrido al pájaro marrón.

El Discípulo se asombró mucho y le contó al Amante cuanto había pasado.

No había aún acabado de escucharle, cuando el Amante salió a toda prisa fuera del Jardín y llamó al pájaro marrón que vino volando a posarse sobre su hombro. Acto seguido lo llevó nuevamente al Jardín donde al punto empezó a cantar, con la alegría que le causaba el retorno. Y el Jardín recuperó la plenitud de su melodía y las rosas volvieron a alzar sus cabezas.

Entonces el Discípulo le preguntó al Amante:

— Señor, te suplico que me digas qué pájaro es éste y cómo pudiste de inmediato percibir su ausencia del Jardín.

Replicó el Amante:

— Se llama ruiseñor, y en la misma medida en que su plumaje es de menor belleza que el de los otros pájaros, es más dulce y alto su canto que el de todos los demás, de manera que llena todo el Jardín con su melodía y hasta las rosas inclinan

Robert E. Way – El Jardín del Amado

sus cabezas cuando dejan de escucharlo.

Por lo que el Discípulo comprendió que cada cosa posee sus propios dones para ofrendar en servicio del Amado.

V. El Discípulo y el Extraño Pájaro



Otro día vio el Discípulo, fuera del Jardín, un pájaro cuyo plumaje era tan deslumbrante que parecía brillar más que los más espléndidos pájaros del Jardín. Al verlo, pensó el Discípulo que tan bello pájaro debería habitar en el Jardín para alegría del Amado. Así es que salió del Jardín y, con gran dificultad, cogió el pájaro y lo llevó al Jardín pese a los esfuerzos que este último hizo por escapar. Satisfecho el Discípulo, dejó el pájaro en un árbol y volvió a sus tareas habituales. Pero tan pronto le volvió la espalda el Discípulo, empezó el pájaro a destrozarse las flores del Jardín y a desparramar sus frutos y a arrancar las alas a las mariposas y a atacar a los demás pájaros del Jardín arrancándoles sus brillantes plumas e hiriendo a muchos.

Cuando volvió el Discípulo y vio los estragos que se habían producido en el Jardín, púsose muy enojado y, después de una larga persecución y a pesar de que el pájaro le atravesó un dedo con su pico, cogióle por la cabeza con ánimo de retorcerle el cuello. Pero en ese momento oyó la voz del Amante que le decía:

— Hijo mío, no mates a ese pájaro sino que expúlsale del Jardín, porque ya vendrá el tiempo en que llegará a servir al Amado aunque por ahora nada sepa de Amor. No culpes al pájaro, pues tuya ha sido la culpa por haberle traído al Jardín contra su voluntad.

Al oír esto, lloró el Discípulo, y allí donde cayeron sus lágrimas florecieron de nuevo las flores y se curaron las heridas de los pájaros.

Y así, otra vez aún, comprendió el Discípulo cuánto pueden engañar las apariencias de las cosas.

VI. El Discípulo y los Murciélagos



Se acercó un día el Discípulo al Amante y le dijo:

— Señor, empiezo a ver cómo cada cosa del Jardín contribuye a su mayor gloria; hay sin embargo, en el más remoto extremo del Jardín, una cueva maloliente en que viven negros murciélagos de odioso aspecto. Ellos carecen de belleza que agrade al Amado, no tienen voz para alabarle, y parece que no rindieran ningún otro servicio en el Jardín del Amado. Dime, Señor, te lo ruego, ¿De qué manera agradan ellos al Amado?.

El Amante sonrió pues comprendió que el Discípulo crecía en el entendimiento

del Amado, y le contestó:

— Hijo mío, estas extrañas criaturas rinden, ciertamente, un gran servicio en el Jardín del Amado, porque al surcar el cielo nocturno destruyen a muchos insectos nocivos que harían gran daño al Jardín, y mientras vuelan van cantando continuamente las alabanzas del Amado, pero tan agudo es el tono en que están ajustadas sus voces que nuestros oídos no pueden percibirlos. Más aún, haz lo que te digo y verás otro gran servicio que ellas realizan para el Jardín del Amado. Ve a la cueva, saca cuanto encuentres en su suelo y ponlo luego en una de las amelgas del Jardín.

Hizo el Discípulo lo que se le había ordenado, aunque mucho le disgustó entrar en la cueva pues su fetidez era la más intensa que había conocido en su regalada vida, pero no titubeó en cumplir las instrucciones del Amante y esparció en una de las amelgas del Jardín el lógamo gris que halló en el suelo de la cueva. Y aunque no comprendía de qué manera podía esto ser grato al Amado, prefirió confiar en la Sabiduría del Amante.

Y de aquella amelga surgieron las más altas y bellas flores de todo el Jardín del Amado.

Por lo que vio el Discípulo cómo el hombre, en su ignorancia, a menudo es

Robert E. Way – El Jardín del Amado

ciego a los servicios que otras criaturas rinden al Amado. Y en lo sucesivo acudió muchas veces a la cueva para recoger las ofrendas que los murciélagos guardaban para el Amado.

VII. El Discípulo y la Roca



Durante un largo tiempo después de que el Discípulo hubiese entrado en el Jardín, dióle el Amante sólo tareas livianas, hasta que al fin el Discípulo, lleno del celo de realizar grandes tareas por el Amado, se impacientó con la suavidad de sus trabajos y le dijo al Amante:

— Señor, te ruego que me des algún trabajo más duro que pueda yo hacer por el Amado, porque es mucho lo que deseo brindarle mayores servicios.

El Amante le llevó entonces a una parte lejana del Jardín en la que había una gran roca y le dijo:

— Esta roca luciría bien en el jardín de rocas del Amado. Si quieres una tarea pesada, llévala hasta ahí.

Asombróse el Discípulo pues le pareció que aquella roca era demasiado grande como para que algún hombre la pudiese mover, sin embargo se avergonzó de no intentar al menos darle debido cumplimiento a la tarea que se le había asignado. Así es que, al retirarse el Amante, luchó todo el día por mover la roca y, al cabo y con el mayor esfuerzo, logró moverla unos centímetros. Al caer la noche, y hallándose del todo exhausto, se acercó el Amante y, con toda facilidad, alzó la roca en sus brazos y la llevó hasta el jardín de rocas. Atónito, díjole el Discípulo al Amante:

— Señor, te ruego que me expliques el significado de esta tarea y el origen de tu maravillosa fuerza.

El Amante replicó:

— Tanto mis músculos como mi fe se han fortalecido poco a poco al realizar mis diarias labores en el Jardín, pero tú, al pedir una tarea para la que no estás preparado, has desperdiciado todo un día que bien podrías haber utilizado en desmalezar el Jardín del Amado.

Por lo que el Discípulo comprendió que un hombre debe primero empeñarse

Robert E. Way – El Jardín del Amado

en pequeños actos de amor, y sólo cuando éstos han acrecentado su pericia y sus fuerzas puede emprender las tareas mayores.

VIII. El Discípulo y la Corona de Espinas



Un día, al cabo de una larga jornada de trabajo en el Jardín, se acercó el Discípulo al Amante y le dijo:

— Señor, deseo sufrir por causa del Amado.

A lo que el Amante contestó:

— A menudo he oído que te quejas de las espinas que rasguñan tus brazos y de las ortigas que pican tu rostro y de la pala que desuella tus manos; ¿Qué es todo esto sino sufrir por causa del Amado?.

— Eso — replicó el Discípulo — no son más que los gajes comunes de la labor de todo jardinero. Yo querría sentir los sufrimientos que padecen los Amantes del Amado.

El Amante no le contestó sino que le miró con tristeza y le llevó a una parte amurallada del Jardín desconocida hasta entonces para el Discípulo. En el medio del recinto se alzaba una cruz. Al verla, llenóse de terror el Discípulo y se puso a temblar violentamente, pero el Amante le cogió por un brazo y, llevándole hasta el pie de la cruz, le dijo:

— Esta es la cruz del Amado, y en ella deben sufrir todos sus Amantes.

Cayó entonces sobre el Discípulo una gran angustia y un gran temor, y no podía hablar y las piernas a duras penas podían soportarle. El Amante cogió una corona de agudas espinas y la puso suavemente sobre la cabeza del Discípulo. Tan pronto como las espinas tocaron su carne, experimentó el Discípulo un tormento de agonía como si todo el sufrimiento del mundo se hubiera juntado sobre él. Tal fue su miedo y su dolor que se desmayó y no supo más de sí. Cuando se recuperó, hallóse tendido sobre la suave yerba del Jardín y al Amante sentado junto a su cabeza que le miraba compadecido. Entonces, por primera vez, vio el Discípulo las heridas en las manos, pies y frente del Amante, y las manchas de sangre que oscurecían su túnica debajo de ambos brazos.

— Hijo mío — dijo el Amante —, ¿Cómo esperabas soportar los

Robert E. Way – El Jardín del Amado

padecimientos de los Amantes si aún eres incapaz de llevar con alegría las pequeñas mortificaciones que por causa del Amante te trae el trabajo de cada día?. De verdad te digo que con tal suavidad puse la corona de espinas en tu frente que ni una sola llegó a herir tu piel.

Así fue como el Discípulo comprendió que el Amado permite que sobre cada Amante caiga sólo aquel sufrimiento que cada uno puede soportar y, desde ese día, el Discípulo llevó con alegría las pequeñas mortificaciones que le deparaba su labor en el Jardín.

IX. La Consolación del Discípulo



Solía el Amado visitar a menudo el Jardín, tanto por la gran alegría que le causaba como por el amor que sentía hacia el Amante y su Discípulo. Y en estas ocasiones hablaba con el Amante, pero el Discípulo, cuyo amor no era aún perfecto, no podía oír ni ver al Amado, y sólo experimentaba una rara alegría que no sabía a qué atribuir. Esto acongojó al Discípulo pues le pareció que, por causa de sus pecados, nunca podría encontrar al Amado. Llorando, se acercó un día al Amante y le dijo:

— Señor, sé que soy un gran pecador y mucho me temo que por más que busque toda mi vida nunca llegaré a encontrar al Amado por causa de mis pecados.

A lo que el Amante le respondió sonriendo con dulzura:

— Hijo mío ¿Recuerdas cómo estabas aquel día en que llegaste al Jardín?.

— Sí — dijo el Discípulo —, lo recuerdo. Fue un día oscuro y triste, como si el sol nunca hubiese entrado en el Jardín.

— ¿Qué ocurrió cuando empezaste a despojarte de tus ricas vestiduras? — siguió preguntando el Amante.

— Pareció — contestó el Discípulo — como si el sol hubiese perforado las nubes y todo el Jardín se hubiera inundado de una luz celestial y gloriosa, una luz como la que diariamente ilumina el Jardín.

Y dijo el Amante:

— Has de saber que el Amado mismo es la luz del Jardín, y desde que comenzaste a buscarle ya le habías encontrado, porque nadie puede sentir el deseo de buscarle si Él antes no se le ha revelado.

Con lo que el Discípulo experimentó un gran consuelo al saber que, aun sin

Robert E. Way – El Jardín del Amado

oírle ni verle, ya había hallado al Amado y, con ello, púsose a trabajar con más alegría aún en el servicio del Amado.

X. La Belleza



Díjole el Discípulo al Amante:

— Señor, antes de abandonar el mundo oí a unos hombres tenidos en alta estima y que creían conocer la voluntad del Amado, que decían que aquellos que amaban la Belleza no amaban al Amado sino a ídolos; no obstante aquí, en el Jardín del Amado, estamos siempre luchando por crear Belleza para placer del Amado. ¿Decían aquellos hombres la verdad?.

Contestó el Amante:

— Los que así dijeron nunca vieron ni de cerca al Amado ni siquiera le buscaron de verdad, porque toda belleza no es más que el reflejo de la belleza del Amado, aunque vista tenuemente y como en un espejo oscuro y fallado y de la misma manera como todo bien es sólo un tímido reflejo de la bondad del Amado. Y así ocurre que quienes aman la belleza y la bondad reconocen oscuramente en ellas la forma del Amado y, a pesar de su ignorancia, quienes buscan la Belleza y el Bien buscan también al Amado.

XI. Las Polillas



Una noche, estando el Amante y el Discípulo sentados a la luz de una vela, vino una polilla y púsose a revolotear en torno a la llama pareciendo como si en ella quisiera calentarse. Viendo esto dijo el Discípulo:

— Señor, esa polilla es en verdad como un Amante que gusta de calentarse junto al amor del Amado.

— No, hijo mío — dijo el Amante —. Ella es como un indigno buscador que, viendo el amor del Amado, no se le aproxima por temor de perder cuanto posee al calor de Su amor.

Se alejó la polilla volando y, al poco tiempo, acercóse otra y tan próxima estuvo de la llama que sus alas se chamuscaron y perdieron sus bellos colores, con lo que también ésta se alejó volando hacia la oscuridad.

Entonces dijo el Discípulo:

— Señor, esta polilla sí que es como un verdadero Amante del Amado porque, como has visto, ella ha dejado que se chamuscaran sus alas y ha perdido todos sus bellos colores por causa del gran amor que la atraía a la llama.

— No hay tal — dijo el Amante —. Esa polilla es como un Amante timorato que, a pesar de haber gustado las delicias del Amado, huye de la llama y abandona al Amado cuando siente los primeros ardores del amor.

Se acercó por último otra polilla y ésta, tan pronto vio la vela, no se entretuvo como las otras en revolotear en su torno sino que voló recto hacia ella y lanzándose de lleno inmolóse de manera que se hizo una con la llama.

— Ved — dijo el Amante —, así es el verdadero Amante del Amado que, sin pensar en nada más, se arroja por entero en el amor abrasante del Amado.

XII. El Caballo Sobrecargado



Pasó un día junto al Jardín un hombre y un caballo de carga que se veía flaco y débil y hambriento y su lomo hallábase desollado por los arreos y llevaba una carga de tal manera pesada que, a pesar de los continuos golpes que su dueño le atizaba con un palo, apenas podía avanzar con extrema lentitud. Cuando el Amante vio esto, salió fuera del Jardín y díjole al hombre:

— Hermano ¿Por qué le pegas a tu pobre caballo?. ¿No ves que es por causa de su debilidad y por lo pesado de la carga que

no puede acelerar el paso?.

El hombre replicó:

— Forastero, no tengas compasión de este caballo, porque es una mala bestia. Tiempo atrás yo cuidaba muy bien de él, le daba cuanto trigo era capaz de comer, le hacía trabajar sólo con cargas livianas, lo lavaba y cepillaba cada día y le dejaba descansar en cuanto mostraba la menor rasmilladura, así y todo se hizo indómito e imposible de conducir y cuando le ponía encima alguna carga dábale por destrozar los arreos y por atacarme cuando le montaba, despidiéndome lejos de su lomo y golpeándome con sus cascos. Si veía alguna yegua no había hombre que pudiera con él y, soltándose, hacía cuanto daño podía. Así es que me juré que yo domaría su bravura y sus caprichos con poco trigo, mucha carga y más golpes, pero ahora que lo he domado se ha puesto taciturno y no hay golpe que le saque de su lento paso, de tal manera que me estoy temiendo que llegaré tarde al mercado y perderé todo el esfuerzo que he puesto en este viaje.

Entonces dijo el Amante:

— Amigo, en este caso no has actuado con sabiduría, porque no es de extrañar que tu caballo se haya sublevado cuando le dabas todo el trigo que quería y le permitías perder el tiempo ociosamente, pues así malcuidaste su carne y ahora eres tú el que más ha perdido, ya que por hambriento y descuidado, tu caballo se ha

hecho demasiado débil para llevar la pesada carga que le has impuesto. Sigue mi consejo, deja conmigo la mitad de tu carga y ve con la otra mitad al mercado, de manera que no llegues demasiado tarde y pierdas todo tu trabajo.

El hombre hizo lo que el Amante le había aconsejado; el caballo, al sentir su carga tan notablemente aligerada, emprendió a buen paso el camino del mercado y el hombre pudo llegar puntualmente para vender sus mercancías a buen precio. Volvió luego al Jardín para recoger las cosas que había dejado con el Amante y le dijo:

— Muchas gracias por tu buen consejo, porque si hubiera llevado la carga completa no habría llegado a tiempo al mercado y habría perdido todo el fruto de mis esfuerzos.

Le contestó el Amante:

— Permite que te dé aún otro consejo: lleva a casa tu caballo y aliméntale bien, no con avena de la mejor calidad sino con pienso normal y buen pasto; cura sus heridas y ponlo a trabajar cada día, no con labores excesivas sino con tareas apropiadas a su fuerza, pero no le permitas holgazanear. No sigas golpeándole como lo has hecho hasta ahora, porque si le castigas cuando se conduce bien no tendrás remedio para cuando lo haga mal.

El mercader prometió que haría como se lo aconsejaba el Amante. Marchó a su casa y mantuvo su promesa. Tiempo después, el Amante y el Discípulo vieron al hombre y a su caballo que pasaban junto al Jardín una y otra vez. El caballo había engordado y se veía en buenas condiciones, pero como comía sólo lo suficiente y no se le permitía holgazanear, no hacía ningún intento por escapar. Pronto le vieron recuperar sus fuerzas y ser capaz de llevar cargas mucho mayores que las que podía soportar antes cuando primero pasara por el Jardín, pero ahora no le parecían excesivas y marchaba a buen paso hacia el mercado.

Le dijo el Amante al Discípulo:

— ¿Ves en todo esto alguna parábola?.

El Discípulo contestó:

— No, Señor, te suplico que me lo expliques.

— El caballo — dijo el Amante — es como nuestro cuerpo que lleva cargas de deberes y buenas obras porque el alma es su amo; pero si el cuerpo se emplea en placeres sensuales y holgazanerías, llega a ser caprichoso e ingobernable. Por ello, muchos que desearían servir al Amado cometen el error opuesto y castigan y debilitan sus cuerpos logrando, claro, someterlo, pero al mismo tiempo lo incapacitan para servir a sus amos y soportar grandes cargas de buenas obras para el Amado, pues ya has visto que es vano trabajo cargar a un caballo más allá de sus

Robert E. Way – El Jardín del Amado

fuerzas. Da por lo tanto al caballo — tu cuerpo — lo que necesite para su
manutención, pero no le mimes en demasía; oblígale a trabajar, pero no lo fatigues
más de lo necesario, recuerda que él también es un servidor del Amado.

XIII. El Ministro Orguloso



Un día vino al Jardín un hombre con sus vestiduras destrozadas, cubierto de contusiones y heridas, quien dijo al Amante:

— En el nombre del Amado, ayúdame.

El Amante y el Discípulo le hicieron entrar, curaron sus heridas y cocinaron las mejores verduras del Jardín para alimentarle. Una vez curadas sus heridas y que hubo comido y descansado, le preguntó el Amante qué le había ocurrido para llegar a semejante estado, a lo que el hombre

replicó:

— Yo era Ministro del Amado en una ciudad cercana a este lugar; predicaba Su evangelio y explicaba Su doctrina a las gentes. Les hacía ver cómo sus pecados les habían hecho odiosos al Amado y cómo, por lo tanto, habíanse situado fuera del alcance de Su amor y Él les condenaría a los tormentos eternos, con lo que algunos desesperaron y lloraron amargamente y otros muchos pusiéronse muy indignados. Un día me llamaron los magistrados para que compareciera ante ellos y me rogaron que abandonara la ciudad y que me fuera a predicar a otra parte, pues dijeron que yo había enojado tanto a unos y desesperado tanto a otros, que temían que pudiese surgir una revuelta de la que ellos no podrían protegerme. Yo, sin embargo, lleno del celo del Amado y creyendo que los magistrados sólo intentaban ocultar sus propios pecados, prediqué aún con más vehemencia, denuncié a los magistrados y dejé bien en claro que toda esa malvada ciudad estaba condenada al castigo eterno por la justa voluntad del Amado. Acto seguido, un populacho, aguijoneado sin duda por los corruptos y venales magistrados, se avalanzó sobre mí con estacas y piedras, casi terminaron conmigo y luego me expulsaron de la ciudad en el estado en qué ahora me encuentro.

— Amigo — dijo el Amante —, no está bien lo que hiciste, porque además de negar la inefable compasión del Amado, con tu obstinación fuiste causa de que esa gente cometiera un grave pecado, y no puede agrandar al Amado el hecho de que

Robert E. Way – El Jardín del Amado

por ti, que profesas ser su Ministro, esa gente haya quedado peor de lo que estaba antes de conocerte. Con seguridad recordarás lo que Él mismo dijo: “Si te persiguen en una ciudad, vete a otra”.

Entonces el hombre se enfadó mucho e insultando al Amante, dijo:

— Veo que ha sido falso cuanto me habían dicho de ti y no creo para nada que seas un servidor del Amado. Cuando vine a ti, malherido por causa del Amado, sólo me diste yerbas y fruta a pesar de que el Jardín está repleto de aves que podrías haber matado para prepararme una comida digna. Proclamaré a todos los vientos que no eres un verdadero servidor del Amado sino un farsante que no se atreve a sufrir por el Amado. Puedes estar seguro de que estás destinado a los tormentos eternos de quienes nada sufren en esta vida.

De tal manera estaba cegado aquel hombre por su propio orgullo que no pudo percibir las cicatrices en las manos, en los pies y en la frente del Amante, ni cómo estaba teñida de rojo su túnica debajo de los brazos. Así es que salió del Jardín profiriendo gritos e insultos.

El Amante, entristecido, dijo:

— Un hombre así hace mucho daño a la causa del Amado, porque al hablar falsamente sobre el Amado puede inducir a muchos a temerle pero no a amarle, y al Amado sólo se puede llegar por el amor.

XIV. La Muerte del Amante



Por muchos, muchos años trabajó el Discípulo en el Jardín del Amado y aprendió del Amante la sabiduría del Amor. Aunque aún no había visto al Amado ni oído Su voz, cada vez que el Amado visitaba el Jardín el Discípulo percibía Su luz maravillosa y reconocía la inefable alegría de Su presencia.

Pero el Amante se había hecho viejo y sus ojos se habían debilitado de tanto mirar el esplendor del Amado, y su cuerpo se había casi consumido en el fuego de Su amor; no obstante, y por la alegría que le causaba el servicio del Amado, aún hacía todo el trabajo que podía en el Jardín, pero en la medida en que disminuían sus fuerzas, caía más y más trabajo sobre los

hombros del Discípulo, que se habían hecho tan resistentes a las más pesadas labores y cuya fuerza había aumentado de tal manera, que ya era capaz de realizar todas las tareas extrayendo de ello gran alegría al así servir al Amado.

Un día llamó el Amante al Discípulo y le dijo:

— Alégrate conmigo, hijo mío, porque hoy marcharé donde el Amado.

El Discípulo se entristeció cuando supo que el Amante le dejaría, sin embargo se alegró también al ver la dicha del Amante al marcharse donde el Amado.

Entonces dijo el Amante:

— Cuida bien del Jardín por causa del Amado, pero ya sé que así lo harás, y alégrate con los trabajos y tormentos con que el Amado te probará, porque creo que tu hora se acerca.

Dicho lo cual, el Amante se tendió para descansar y en sus labios había una sonrisa de paz que sobrepasaba el humano entendimiento. Y así marchó donde el Amado cuyo fiel Amante había sido.

El Discípulo lloró por el amor que le tenía al Amante. Pero pronto se

Robert E. Way – El Jardín del Amado

avergonzó de esas lágrimas egoístas que había derramado ante la dicha del Amante y, cogiendo su cuerpo, y a pesar de que no era éste más que un caparazón vacío, lo enterró en la más bella parte del Jardín y, en adelante, cuidó del Jardín con más dedicación aún que antes, tanto por el amor que sentía por el Amante como por el amor que sentía por el Amado. Las palabras del Amante le hacían guardar esperanzas de que él también iría pronto donde el Amado, pero en esto estaba muy equivocado.

XV. La Pasión del Discípulo



Poco tiempo después de la muerte del Amante, estando el Discípulo atareado en desmalezar el Jardín del Amado, oyó golpes en la puerta y encontró a un hombre vestido de seda y acompañado por siete jóvenes pero no tan ricamente vestidos como aquél. El hombre llevaba en su mano un edicto sellado, al parecer, con el sello del Amado, por el cual se autorizaba a su portador para hacerse cargo del Jardín del Amado y a elegir a los asistentes que mejor le parecieran. El Discípulo examinó cuidadosamente el edicto y el sello del Amado y ambos le parecieron estar en orden; tampoco le pareció extraño ni enojoso que el Amado hubiese designado a

otro en lugar de él para que se hiciera cargo del Jardín, ya que él no tenía suficiente virtud para oír al Amado ni para ver Su rostro, y aun cuando en verdad le pareció raro que un jardinero vistiera túnica de seda, sabía por experiencia que no se debe juzgar por las apariencias y prefirió, humildemente, darle la bienvenida al desconocido y preguntarle después quiénes eran los siete jóvenes que le acompañaban. El hombre replicó:

— Son mis nuevos asistentes en el Jardín.

Se asombró el Discípulo de que el nuevo jardinero necesitara de tantos para asistirle en el Jardín que, por tanto tiempo, sólo él y el Amante habían atendido, pero como aquel hombre era ahora su maestro, no lo interrogó acerca de su decisión sino que le enseñó el Jardín y todas sus hermosas flores y las yerbas benéficas y las mariposas y los pájaros de brillantes colores y el ruiseñor cuyas notas otorgaban tal dulzura a la melodía del Jardín, y la cueva de los murciélagos y todas las demás cosas que había en el Jardín, y le habló de todo cuanto había aprendido acerca del trabajo del Jardín para mayor alegría del Amado. Pero el nuevo jardinero permaneció en silencio durante todo este tiempo y, por último, cuando hubieron visto todo y vuelto al centro del Jardín, dijo:

— Veo que eres un jardinero ineficiente y que has derrochado los recursos del Jardín.

El Discípulo se sintió muy avergonzado al escuchar que había sido tan mal servidor del Amado. Pero el jardinero continuó y esta vez dirigiéndose a sus asistentes:

— Las plantas que crecen en el Jardín carecen de valor. Las arrancaré y plantaré amapolas y cáñamo, tabaco y mandrágoras, para todo lo cual hay abundante mercado y buenas ganancias, y destruiré las mariposas cuyos gusanos dañan las plantas. Las brillantes plumas de los pájaros son valiosas y negociables, pero coged a ese inútil pájaro marrón y retorcedle el cuello; no alimentaré a ninguna boca inútil. Encended un fuego para que el humo espante a esos repugnantes murciélagos y limpiad sus cuevas, porque instalaré en su interior bellas mujeres que arrojen ganancias y den a los hombres agrado y placer.

Al oír esto dijo el Discípulo al hombre:

— Señor, ¿Qué esto que has dicho que harás?. Porque las criaturas que quieres destruir son servidores muy queridos del Amado, y las flores y yerbas benéficas son de todo su agrado.

El rostro del hombre volvióse como el de un demonio y, riendo burlonamente, replicó:

— ¿Y a mí qué me importa el Amado, Sus servidores o Sus preferencias?. Astutamente te he engañado. El edicto y el sello fueron hábilmente falsificados para permitirme entrar en el Jardín y usarlo en mi provecho. Los servidores del Amado son estúpidos y obtienen escasas retribuciones por sus trabajos; sin embargo, la tierra del Jardín es rica y se puede extraer de ella mucho dinero.

Entonces contestó el Discípulo:

— Tú, Engañador, mientras me halle con vida no permitiré que profanes el Jardín del Amado.

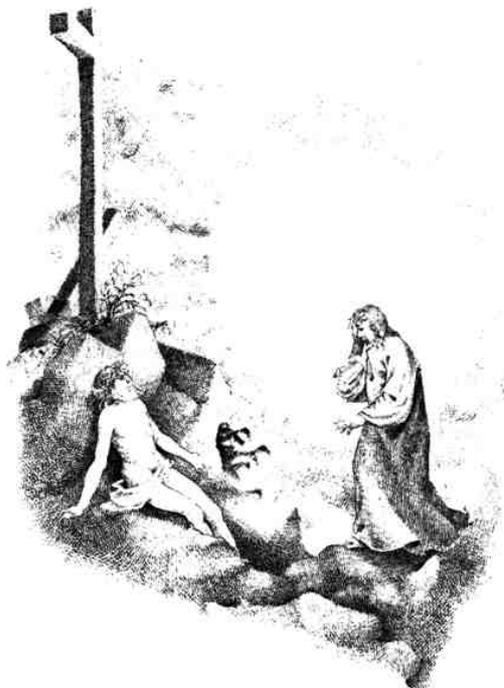
El Engañador volvió a reír con crueldad y dijo:

— No me importa si vives o no, pero sigue mi consejo y únete a nosotros en este negocio; como eres fuerte y hábil te nombraré mi segundo y verás lo conveniente que te resulta.

— No — dijo el Discípulo —, jamás traicionaré al Amado por procurarme una ganancia.

Con lo que el Engañador, perdiendo su paciencia, se llenó de ira y dijo a sus seguidores:

— Id y buscad en el Jardín algo con lo que pueda yo reducir a este estúpido y obstinado jovencuelo que así se ha atrevido a burlarse de los cargos y recompensas que le he ofrecido.



Marcharon en seguida sus seguidores y uno de ellos, al abrir la puerta del Jardín interior, vio la cruz y los clavos y la lanza y la corona de espinas y vuelto donde el Engañador le dijo:

— Ven a ver, he hallado los instrumentos capaces de proporcionar a este bellaco una muerte digna de él.

Acto seguido se echaron brutalmente sobre el Discípulo y le golpearon sin piedad, salvo el más joven de los seguidores del Engañador, quien se abstuvo hasta que sus compañeros se burlaron de su timidez y entonces él también se les unió a su violencia.

Arrastraron al Discípulo hasta el Jardín interior y quitándole su túnica se burlaban de su desnudez; pero el Discípulo no sintió la menor vergüenza pues no le

pareció afrentoso soportar estas injurias por causa del Amado.

Y el Engañador volvió a dirigirse al Discípulo con estas palabras:

— Cambia de parecer ahora que has visto el destino que te espera. Soy hombre compasivo y quiero dejar abierto mi ofrecimiento si consientes en acatar mi autoridad. Muy generoso soy al decirte esto pues perfectamente puedo llevar a cabo mis designios con o sin tu ayuda.

— No — dijo el Discípulo —, jamás traicionaré al Amado.

Entonces el Engañador soltó su más cruel risotada y replicó:

— Ya le traicionaste al hacerme entrega de Su Jardín. — Y cogiendo la corona de espinas agregó —: He aquí una digna corona para tan buen servidor — y así diciendo encajóle la corona en la cabeza, no con suavidad, como lo había hecho antaño el Amante, sino con tal fuerza que le pareció al Discípulo que las espinas se le clavaban en su cerebro, y la agonía que entonces cayó sobre él sobrepasa las posibilidades de mi pluma para describirla. No obstante, las pequeñas heridas y rasguños recibidos en su trabajo en el Jardín le habían proporcionado tal resistencia al dolor, que no se desmayó como le ocurriera la otra vez en que su agonía, comparada con ésta, no había sido nada. Todo lo soportó con paciencia. Le alzaron y le clavaron a la cruz, y los clavos ardieron en sus manos y pies como si fueran de

fuego. Luego le clavaron la lanza en el costado y creo que nunca hubo en el mundo una agonía peor que ésta.

Sin embargo, la agonía de su cuerpo, con ser la peor que un hombre haya podido soportar, era suave comparada con la de su alma, pues dióse cuenta de que su sacrificio era del todo inútil y que, por su descuido, había rendido al Engañador el Jardín del Amado, confirmándose como un indigno servidor y, peor aún, como un traidor al Señor. Al mismo tiempo había entregado a la muerte en manos del Engañador a todos los demás servidores del Jardín y compañeros suyos, ya que sabía que el Engañador arrancarías las flores y las yerbas benéficas y plantaría en su lugar malignas drogas para perdición de los hombres. Le pareció ver ante sus ojos al ruiñeñor con su cuello roto y a las mariposas con sus alas arrancadas y a todos sus compañeros del Jardín destruidos por su culpa, y ello hizo que los tormentos de su cuerpo se le antojasen menores que los que merecerían sus pecados. Tinieblas del cuerpo y del alma se cernieron entonces sobre él mientras llegaban a sus oídos los sarcasmos de sus verdugos.

Entonces, de pronto, vio al Amado.

Maravillado, olvidó su agonía y miró con tal adoración al Amado que su dolor llegó a ser para él alegría. Cuánto tiempo estuvo así arrobado no lo sé, pero por último la visión se extinguió.

Una melodía de inexpresable dulzura continuó sonando en sus oídos, abrió los ojos y vio a los pájaros del Jardín que cantaban a su alrededor y, en medio de ellos, el ruiñeñor; ascendió hasta él el perfume de las flores y las vio pobladas de mariposas. El Engañador y sus seguidores habían huido del Jardín perseguidos por el horror de su propio crimen, salvo el más joven de ellos quien, arrodillado al pie de la cruz, parecía extraer fuerzas de la contemplación del rostro del Discípulo. Habíase sacado sus vestiduras de seda y puesto la túnica del Discípulo, rasgada y manchada por la violencia que su dueño había recibido. Entonces, con mucho cuidado, arrancó el joven uno a uno los clavos de los pies y de las manos del Discípulo y lo recostó sobre la suave yerba, le trajo agua para que bebiera y le curó las heridas. Arrodillado junto a él, le dijo:

— Señor, te lo ruego, enséñame este maravilloso amor del Amado.

Y se alegró mucho el Discípulo porque en ese momento oyó la voz del Amado que le decía:

— Fiel Amante, haz también esto por amor a Mí.

Pero tan débil se hallaba, que sólo pudo susurrar:

— Hijo mío...

